

SEMANA A SEMANA

NOVIEMBRE 4 – NOVIEMBRE 8

En medio de mi vocación, pasión y amor; en mis búsquedas constantes por trascender mi profesión y, más que ello, mi ser de maestro y mi existir, cada día procuro transformar y desaprender para continuar aprendiendo. En ese proceso —y en mucho más— intento interpretar las transformaciones producto de infinidad de fenómenos de épocas pasadas y presentes y, con todo ello, además de la práctica diaria, aportar al crecimiento de cada estudiante, de cada familia, de cada ser, de toda una comunidad.

Continúo encontrándome con lecturas y disertaciones que invitan a pensar, y por ello me atrevo a invitarlos a disfrutar de este fragmento del texto titulado *La escuela del alma*, del escritor y maestro Josep María Esquirol, y dejarlo como el acostumbrado “semana a semana”.

“Hay casa porque hay intemperie. Y la intemperie pide amparo.

Hay escuela porque hay mundo. Y el mundo pide atención.

Hay casa y hay escuela porque, en el amparo y en la atención, cada uno puede hacer camino y madurar para dar fruto.

¿Qué tipo de fruto? Más casa y más mundo.

He aquí el humano: quien ha de hacer su camino vital en el camino del mundo. Quien ha de formarse y madurar en la proximidad de los demás y en estrecha vecindad con las cosas del mundo.

Sí, el mundo se manifiesta. Pero hace falta atención. Cuanta más atención, más manifestación de las cosas del mundo y más maduración del alma.

La puerta de la escuela está abierta. Para todos, de cualquier edad. Dentro hay alguien. Quizá alguien como ese anciano que había sido esclavo y que después enseñaba a los demás a ser libres, a hacer el bien y a disfrutar de la fiesta del mundo.

La puerta está abierta. Dentro no hay paredes ni techo. Hay amplitud, e hileras curiosas: de nubes y de letras, de números y de herramientas, de pájaros y de sueños...

Una escuela de verdad es un lugar donde se entrena el prestar atención a las cosas del mundo y a los demás. Puede llevar el nombre de escuela o no llevarlo. Puede tratarse de una escuela de primaria en un pueblecito del Mediterráneo o de un monasterio budista en las montañas del Tíbet; de la escuela que tenía Epicteto en Nicópolis hace dos mil años o de lo que, a pesar de todo, sigue ocurriendo hoy en alguna aula universitaria.

Dado que el cultivo de la atención es siempre oportuno y beneficioso, podría haber —tendría que haber— escuela toda la vida. Sobre todo si se tiene en cuenta que hay cosas que se hacen esperar, como una revelación del mundo, que suele llegar al cabo de los años.

Prestar atención y estudiar —que es la atención reiterada—, aunque tengan sentido por sí mismos, suscitan crecimiento, mayor madurez y, poco a poco, la articulación de una respuesta.

La vida humana es una respuesta interminable. En la escuela puede producirse un encuentro que, al dar confianza, dé también un buen impulso. Educar es ayudar a esbozar algunos de los trazos de esa respuesta.

Fácil de decir: educar tiene que ver con indicar e iniciar el camino que lleva hacia la madurez. ¿Y qué es madurez? También fácil de decir: dar frutos. Todo ser vivo tiende a la madurez; pero principalmente, y de manera especialísima, el humano, porque pronto se sabe venido a la vida y mortal.

La educación se relaciona con el proceso de maduración de las personas y, por tanto, con el fruto que termina dándose. Pero entonces cabe preguntar: ¿de qué clase es el fruto principal? Y después: ¿qué lo hace madurar? Descubrir el gusto de este fruto y los elementos más apropiados para su cultivo es encontrar el sentido de la educación.”

Tomado de: **La escuela del alma. De la forma de educar a la manera de vivir,**

Josep María Esquirol.

Para todos, buena semana.

Luis Javier Hernández Montoya

Coordinador de convivencia.